

Corrientes encontradas

En los límites con Veracruz, todavía dentro del estado de Puebla, al pie del volcán conocido como Pico de Orizaba (Citlaltepētl, su nombre original, la montaña más alta de México, 5 mil 610 metros sobre el nivel del mar), se encuentra el municipio que por mucho tiempo se llamó Chalchicomula de Sesma (Chalchicomula, pozo de piedras verdes), extensa geografía integrada por cerros semidesérticos en donde colaboró para la Independencia el acaudalado Antonio Sesma y Alencastre y años más tarde se hizo fuerte Porfirio Díaz, el general, en su fatigosa lucha contra la intervención francesa.

Los políticos actuales le cambiaron de nombre al lugar donde se dice vivió Quetzalcóatl, quien impuso a valles y serranías sus nombres originales. La cabecera municipal, con su nuevo nombre, Ciudad Serdán, luce orgullosa, como su figura más representativa, la efigie de un criminal que fue presidente de la República y cuyo mayor mérito consistió en haber ordenado durante su presidencia una masacre en contra de cientos de estudiantes en la ciudad de México.

Así, el hombre que les representa es un asesino al que le hicieron un enorme monumento de concreto que casi llega al cielo. Aquel genocida en vez de vergüenza les provoca orgullo. Pero lo más aberrante de esta situación es que la mole pétreo se levanta en la ciudad que vio nacer a Manuel M. Flores, uno de los grandiosos poetas mexicanos. Tienen al poeta en segundo plano. El hecho es altamente ofensivo para la cultura y para la historia.

Manuel M. Flores, perteneció en forma destacada a la corriente literaria erótico- romántica que floreció en el siglo XIX; no sólo es un poeta que debiera ser el máximo orgullo del lugar en donde vio la primera luz, sino uno de los indispensables en el país entero, pero su memoria apenas persiste en el nombre de una calle y en el de una pequeña casa que siempre está cerrada y que se conoce como “Teatro Manuel M. Flores”. También hay un pequeño busto de él en la llamada Casa de la Magnolia (Casa de la cultura).

El contraste que de esa manera se establece entre el homicida homenajead con tanta desproporción y el poeta apenas recordado es tan grande, que la población misma, como venganza se ha aprendido estos versos:

Chalchicomula surge de la tinta y la entrega,
el pubis de la noche te es sol, Manuel María,
nacido de la húmeda entraña que la integra
es cópula que abraza de ardor la Sierra Negra.
...y tú el gran sacerdote, en el altar del día.

Cada que algún ciudadano repite estas líneas frente a la efigie del déspota, ésta se estremece desde su silencioso y desmesurado cemento y es la mayor venganza que el hombre honrado puede ejercer contra la simbología de lo perverso. Es acto justiciero recitarle a la estatua esos versos, que al poner las cosas en su lugar, hacen que la piedra tome vida y se estremezca con odio ante el que los dice.

Ya se ha sacudido también bajo el golpe de la naturaleza. El 25 de febrero de 2011 un fuerte temblor de tierra sacudió a Ciudad Serdán. Entonces, la estatua del maligno se cuarteó desde los cimientos, y de modo irónico, a la figura se le desprendió, justamente, el brazo izquierdo. Ironizado y ridículo permaneció así durante algún tiempo. Fue como si la naturaleza misma hubiera repetido desde sus entrañas aquello de: “ Chalchicomula surge de la tinta y la entrega,/ el pubis de la noche te es sol, Manuel María...”

Volviendo a tomar carretera, en dirección al sur brujulado, se llega a una pequeña población de nombre San Pedro Temamatla, que se levanta muy cerca de otra, llamada Cuesta Blanca. Ahí en Temamatla existe una larga calle que

tiene la característica de que uno de sus extremos concluye (¿o se inicia?) en la pequeña plazuela del pueblo; el otro extremo va a morir, varias cuadras después, justamente en el cementerio; y tal calle, con esa peculiaridad paradójica, es el escenario rural de esta historia.

Dos días antes de nuestra trama se supo en el pueblo que Julio Bueno Enríquez, había sido mordido por una serpiente, de esas arteralmente venenosas, que conocidas son con el nombre de “coralillos”. Esto sucedió en la Sierra Negra al estar integrando Julio una carga de quiotes para trasladarla a Temamatla sobre su cuadrilla de mulas, con el fin de construir la techumbre de unos chiqueros para criar cerdos.

El mismo día de la mordedura, sucedida en un fatídico mes de junio, su primo, Julián Malo Enríquez, candidato a diputado por la región, había pronunciado en otro pueblo cercano, un lacerante discurso en donde hizo gala de su más poderoso veneno verbal en contra de sus enemigos políticos.

De Julio llegaron noticias contradictorias: unos decían que después de la mordedura había perecido casi instantáneamente; otros aseguraban que se había salvado gracias a un milagro de... ¿Quetzalcóatl?... Lo cierto es que a los dos días los dos, Julio Bueno Enríquez y Julián Malo Enríquez, se encontraron en la calle antes descrita. Ambos se saludaron y como ni no fueran hijos del mismo pueblo, se preguntaron el uno al otro: uno, en qué dirección estaba la placita de armas, el otro, en dónde quedaba el cementerio.

Julio Bueno, confundido, señaló equivocadamente a Julián Malo la dirección del cementerio, cuando Julián lo que quería era dirigirse a la plaza en donde iba a encabezar un mitin. Julio, por su parte, creyendo que iba al cementerio (quién sabe para qué) terminó llegando a la placita de armas. Corrientes encontradas.

Cuando Julio llegó al jardincito nadie le dirigió la palabra, todos hacían como que no lo veían, como que no se daban cuenta de que ahí estaba, y así, en medio de esa indiferencia, se fueron pasando los segundos... los minutos... las horas... los días...

Al darse cuenta de que había tomado la dirección equivocada Julio Bueno decidió rectificar el camino y empezó a desplazarse rumbo al cementerio. En el trayecto se encontró con Julián Malo, quien ya venía de regreso. Julián, enfurecido, sintiéndose engañado, habiendo perdido la cita con el mitin político, respondió al saludo de Julio con un tremendo envión que filoso le atravesó a éste las entrañas. Julio Bueno no sintió nada malo en sus interiores. Julio Malo sabía que no había hecho nada bueno con el otro Enríquez.

Cuando se encontraron la primera vez era el mes de junio; a Julián y a Julio les faltaban varios días para que fuera julio y en esos días podían pasar muchas cosas. Ahora que se volvían a encontrar y sin saber cómo, para Julián y para Julio ya era agosto y ya habían pasado muchas cosas.

Julián Malo sabía que acababa de dar una puñalada pero no sentía nada por ello. Así se fue caminando hacia el que era su destino original, la plaza de armas, pero no encontró a nadie, como si todo el pueblo estuviera dormido a esa hora del día. Julián quedó vagando por la plaza quién sabe por cuánto tiempo o quién sabe si por todo el tiempo.

Julio Bueno sabía que le acababan de dar un tajonazo pero tampoco sentía nada. Caminó lentamente hacia donde debió haberse dirigido desde un principio, al cementerio. Pocas cuadras antes de llegar perdió el Julio; ya más cerca aún, perdió el Bueno; fue cuando sintió la puñalada como si fuera una pequeña mordida de “coralillo”. Al llegar al cementerio perdió el Enríquez. Cuando iba entre las tumbas ya sólo era viento.

Reflejos del Polígono

En alguno de los ángulos del pentakismyriohexquisquilioletracosiohexacontapentagonalis, el escritor Estañol se encuentra en el trance de dominar la difícil primera mitad de su primera página. Consulta algunos libros que mantiene en cercanía, abiertos, marcados, aplacadas las páginas con alguna regla de metal, recurre también a algunas notas hechas a mano y revisa lo que lleva escrito para domar con mayor eficiencia la enigmática parte de la hoja completándose, el famoso terrífico por elástico y prelaberíntico (para insistir en la preparoxitonía) espacio en blanco que hay que llenar donosa y sapientemente. En otro muy distinto ángulo del polígono, Edgar Allan Poe revisa la noticia de su supuesta muerte, recargado en un poste de una callejuela de la ciudad de Baltimore, primera cuadra de La Fayette, cerca de la entrada al viejo cementerio. Lee entre burlesco y preocupado -los rasgos faciales no dan una denotación definida de lo que mueve esos gestos-. Lee, lee la noticia de un alcohólico encontrado en una oscura calle de esa ciudad, ahogándose entre vómito y lodo y luego, sobre su traslado al modesto sanatorio en donde murió (un viejo largo y oscuro edificio de piedra, en donde sólo se atiende a negros y a gente de muy bajos recursos), el Washington College Hospital, donde un doctor Morán asienta que el individuo del caso se encontraba en delirium tremens. Quizá su situación se debió a su inclinación por el alcohol y el opio. El pentakismyriohexquisquilioletracosio... etc., con eso de que nada hay estático en el universo, produce un entrecruzamiento de ángulos que... quizá con la ayuda de las conjeturas y abstracciones de Euler pudiésemos... quizá... El caso es que en los espacios enfrentados de las 56 caras y bajo el efecto de la necesaria energía angular, se produce de pronto una alteración de tiempos y situaciones que permiten el desdoblamiento de los personajes y su entorno. El escritor Estañol, pluma heredera de quienes, felizmente para el resto, proceden de una aguda hipopotomonstrosesquipedaliofobia, lo que permite inequívocamente el benéfico ahorro de tinta, escribe la última frase del párrafo que en estos momentos le entarea: “la imaginación no es sino la distorsión deliberada de la memoria”... Levanta la mirada hacia quien curioso le observa y desde el sillón de enfrente Edgar Allan le obsequia la luminosidad de una sonrisa.

-Cómo fue aquello del desser en Baltimore –Pregunta con naturalidad, como si hubiera estado esperando la presencia del otro.

-¡Oh misterio! –le responde Edgar, siempre sonriente.

-Estamos en la ciudad de México, en el siglo XXI, ¿lo sabes?

-Lo había intuido, ya me esperaba alguna de esas cosas raras que nos pasan a los poetas –Contestó con desparpajo el interrogado.

-Quisiera que volviéramos al episodio de Baltimore.

-Qué es lo que exactamente quieres saber?

Repentinamente Edgar Allan se percata de que está hablando al vacío. El escritor Estañol ya no está frente a él. “Todo fue una visión fugaz, no más que eso, una ilusión óptica”, piensa el bostoniano. Se levanta, camina hacia donde creyó haber visto al escritor Estañol. En su lugar se encuentra un mazo de papeles impresos en máquina de escribir, “aquí no han llegado aún las computadoras”, piensa. Lee la hoja de encima: Los poetas malditos de México (la epidemia baudeleriana) y las iniciales del autor de ese cerro de papeles, X del C. Se siente dueño absoluto del espacio en el que se encuentra. Se acomoda en el sillón acolchonado del escritor Estañol. Empieza a mover los papeles con el dedo índice...

En la siguiente hoja está impreso el nombre completo del autor, Xorge del Campo. Lo registra y se atreve con el primer párrafo: Ya se ha dicho que hace falta un estudio de nuestro poetas malditos. ¿Quiénes fueron en realidad Bernardo Couto Castillo, Atenor Lescano y otros? ¿Portavoces de una secta literaria exclusivista y fanática? ¿”Gato negro” de la neurosis artística? No lo diríamos bien a bien. Tenemos por cierto, una referencia, que el arte es la hostia de los elegidos, “hecha de pasta de hashish” –dice Jesús Urueta en una carta dirigida a José Juan Tablada y publicada hacia 1893 en “El siglo XIX” con el título de Hostia-, de panales de Himeto, de lo que usted quiera, pero siempre hostia. Jesús Urueta se queja aquí con Tablada de la existencia de poetas en México que siguen las malas

enseñanzas de individuos como Poe, Baudelere y otros, y les llama con desprecio y escándalo: la epidemia baudelariana, la que recibe una reacción violentísima de muchos periodistas de la época, guardianes imperturbables de las buenas costumbres de la familia mexicana.

A Edgar Allan le despierta interés el rimero de hojas que está leyendo y su asociación con el apellido Baudelere y decide continuar. Nunca antes había oído los nombres que ahora está descubriendo y algo le hace sentir como si estuviera respirando dentro del cuerpo espiral de un largo eco. Con la ayuda de los tiempos trastocados por el pentakismyrio... por el polígono, en el siglo de un minuto, Edgar ha leído ya todo el legajo en tan solo la eternidad de una hora. Tiene varios nombres registrados ya en la reciente memoria. Se levanta después de haber cercenado un fragmento de aquellos papeles para guardarlo en una bolsa de su saco. Lo dobla en la parte que dice ...la euforia deliciosa de un ensueño inefable/ cuando sueño con ella, que a mi lado temblaba/ llena de hondos temores y en su seno albergaba/ junto al Cristo sagrado, mi cabeza culpable... Sale a la calle y busca su nombre para ubicar el sitio en donde ha estado. En la placa clavada en la esquina lee que se encuentra en la calle de La Fayette cerca del cementerio en donde se ubica su propia efigie. Cuadras adelante, en pleno cruzar de tiempos (¿Siglo XXI? ¿Octubre de 1849? Polígono con sus 56 lados y sus correspondientes ángulos actuantes), el neurólogo Estañol cruza del John Hopkins Hospital, hacia el viejo edificio que alberga al Washington College Hospital. El neurólogo Estañol coincide con Arno Karlen. Estañol asienta que se ha cometido una injusticia con el poeta al tenerlo como alcohólico, eje de libertinajes, se asoma al diagnóstico de Karlen en el sentido de que el personaje de esta historia “carecía de la enzima hepática alcoholo-deshidrogenasa, la que detoxifica el alcohol de la sangre. Considera también, el neurólogo Estañol, y así lo asienta, la hipótesis de que Poe sufría ataques de una forma de epilepsia no convulsiva que se desencadenaba con la ingesta de alcohol, una forma de epilepsia del lóbulo temporal, que se caracteriza por desconexión, incoherencia y automatismos motores de la boca y las manos y de ahí su extrema sensibilidad al alcohol, “sin que fuera el alcohólico que la leyenda ha creado injustamente”.

Ahora Edgar Allan Poe, en su tiempo, dueño de los tiempos, discute con uno de sus críticos que le ha acusado de plagiarlo a la vez que le recrimina y le asegura que el horror en la literatura no ha sido creado por él, que procede de Alemania.

-Yo se lo afirmo –sostiene el crítico- el horror viene de Alemania...

-El horror –responde Poe con los ojos clavados en la lejanía- viene del alma.

“El horror viene del alma”, lee el escritor Estañol en su estudio, de donde no se ha movido desde hace varias horas. Levanta la vista para descansar un poco. Ve con extrañeza que ha desaparecido de su sitio el búho que desde hace tiempo lo ha acompañado como adorno del mobiliario. En su lugar canta levítico un ruiseñor con acento de tiempo mientras un vibrante colibrí toca con su pico la vidriera.